

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

A las más pequeñas cobradoras se las suele dar dos cuartos y un beso; a las mayores se las da los dos cuartos solos, aunque no siempre por falta de ganas de darles las dos cosas juntas.

ANTIGUEDADES PREHIS-
TORICAS DE ESPAÑA

CANTILLAS DE CANTILLAS

ANTES de dar a luz las notables *Cartas prehistóricas* con que nuestro querido amigo y colaborador don Manuel de Góngora viene a prestar interés a las columnas de *La Ilustración de Madrid*, nos ha parecido oportuno decir algunas palabras acerca del nacimiento y desarrollo de esta nueva ciencia, apuntando las nociones elementales que pueden facilitar en cierto modo su comprensión y dar idea, aunque ligera, de su importancia.

La aparición de la ciencia prehistórica, como todos los grandes desenvolvimientos de ideas, se ha venido preparando lentamente; y mucho antes de que formulara principios generales y recibiera nombre gráfico ya pudieron notarse las desviaciones del espíritu de investigación de los hombres científicos que, abandonando los senderos trillados, habían de dar lugar a su nacimiento.

La historia filosófica y grave, detenida en las fronteras de la fábula, pugnaba por ga-

nar terreno en aquel campo misterioso, personificando los mitos y buscando el origen de los dioses en la glorificación de los héroes.

El estudio de las razas, ensanchando el horizonte de las edades, traía a planos relativamente próximos las que ocupaban los últimos términos; y en pos de éstas, que entraban en el dominio de la realidad, iban apareciendo otras y otras, vagas y confusas, pero de las que podía presumirse que no eran aún las originarias.

Por este tiempo la geología se empeñaba en el inmenso trabajo de reconstruir los anales del globo, y nos hacía asistir a las espantosas convulsiones y las titánicas luchas de los elementos que lo forman, hasta decirnos cómo fueron apareciendo y modificándose la Flora y la Fauna primitivas.

Quedaba, sin embargo, por resolver una gran cuestión. ¿En qué momento aparece el hombre? En la duda, y ajustándose a las conclusiones rigurosamente lógicas de su sistema, la ciencia negaba al hombre hasta el punto en que encontrara sus restos.

En medio de los primeros cataclismos, era natural que ni aun los buscara. Pero se producen las plantas y no se encuentra rastro suyo; llega el período de los grandes paqui-

dermos, y tampoco. Se estudian los sedimentos de la transformación conocida con el nombre de el diluvio, y, a pesar de las más autorizadas tradiciones, la geología, no encontrando sus huellas, afirma que la raza humana es posterior a aquella gran catástrofe.

La ciencia, separándose de este punto de la tradición, con la cual venía has' a allí como de la mano, no sospechaba que después de un largo rodeo debía encontrarla otra vez en su camino. En efecto, los que estudian al hombre como centro en derredor del cual gira todo lo creado, como punto culminante con el que se relaciona cuanto existe, presienten su aparición contemporánea de las razas de animales que han desaparecido, y creen ver sus huellas en los objetos de piedra toscamente labrada que se hallan diseminados por diferentes puntos del globo. No obstante, estos objetos se encontraban casi siempre en la superficie de la tierra o en capas que no probaban terminantemente su remota antigüedad. Al cabo se descubren algunos pedazos de sílex simétricamente cortados en terrenos aún no removidos y en yacimientos geológicos, que prueban la existencia del hombre coetáneo de los fósiles.

¿Pero debía caer al suelo todo un magni-

fico sistema, por un pedazo de piedra, con un corte o una depresión, al parecer obra de la industria humana? La generalidad se encoge de hombros ante aquella prueba, mientras los menos, concediéndola alguna más importancia, tratan de explicar de otro modo el hecho. Mas había llegado el momento de la revelación completa, y por último aparece el hombre fósil. Boucher de Peters, el infatigable sostenedor de esta teoría, el patriarca de la ciencia prehistórica, somete al examen del mundo científico la famosa mandíbula de las canteras de Moulin Quignon.

La prueba es decisiva y los refractarios sólo pueden poner en duda la autenticidad del objeto que la constituye. Acerca de este punto de la cuestión se traba una reñida contienda entre los sabios, que da origen a la especie de proceso científico que se resuelve por medio de una reunión de eminencias en diversos ramos del saber humano, presididas por el célebre Milne Edwards. Y en este punto se tocan las ventajas de los estudios y los sistemas, fundados en la observación de datos y hechos positivos. Acaso por la primera vez resulta un acuerdo general entre distintas y encontradas opiniones, que no pueden resistir a la evidencia al examinar un

hecho concluyente sobre el terreno en que se ha producido.

A partir de este momento, los apóstoles de la nueva ciencia se diseminan por diversos países y comienzan a hacer prosélitos. Ya se fija la atención en ella, se habla, se escribe y se estudia, viniendo a coronar estos esfuerzos, sancionando sus principios, el descubrimiento de las ciudades lacustres de Suiza, donde bajo las aguas de los lagos se encuentran restos de habitaciones, útiles, armas y objetos que prueban la existencia del hombre en cierto grado de civilización en una época que los cálculos geológicos no vacilan en remontar a cinco o seis mil años de distancia de la nuestra. Semejantes o parecidos descubrimientos coinciden con éstos, o los siguen muy de cerca, en Italia, Alemania, Francia, Escocia e Irlanda, y animados con sus triunfos los propagadores de la idea, celebran congresos, dan nombre de ciencia prehistórica a aquel nuevo linaje de estudios, y sientan los principios generales dividiendo la época primitiva en cuatro grandes períodos:

Megalítico o de la piedra tallada.

Neolítico o de la piedra pulimentada.

Del bronce.

Del hierro.

Refiriéndose a ellos, según de su estructura, su materia o su perfección se desprende, clasifican los diversos útiles y objetos encontrados, ya en las cavernas habitadas por las primitivas razas, ya en los bancos formados por acumulaciones de diferentes despojos, en el fondo de los lagos o en terrenos que movimientos sucesivos han contribuido a cambiar de posición respecto a la superficie.

La geología, la antropología y la arqueología, reuniendo así sus fuerzas, aspiran después de allegar los datos suficientes a echar los cimientos de una nueva historia. Como dejamos apuntado, todos los países han contribuido a esta empresa colosal, y el nuestro, aunque uno de los últimos a llevar su parte, no es por cierto el que menos ha coadyuvado al éxito.

Ya algunas personas ilustradas, que desde el fondo de su gabinete siguen el movimiento científico de Europa, habían hecho algunos estudios aislados; ya un profesor eminente había llamado la atención hacia los interesantes problemas que ofrece la antropología, cuando apareció el notable libro del señor Góngora, titulado *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, y con la aparición de este libro España se colocó a una decorosa altura.

En otros países la protección de los Gobiernos, los esfuerzos de las asociaciones y el generoso e ilustrado apoyo de los particulares, había permitido hacer estudios serios y dar a luz publicaciones costosas. En España un hombre solo, sin otro impulso que el de su fe en la ciencia, no ha vacilado en sacrificar su modesta fortuna, primero en viajes y exploraciones, y después en la publicación de una obra que, entre otros méritos, tiene el de ser modelo acabado de tipografía y muestra de lo que respecto a libros ilustrados puede hacerse con elementos puramente nacionales.

El señor Góngora en este libro aporta nuevos e importantes datos para escribir la historia de las primeras razas que habitaron nuestro suelo; pinta con sencillez, pero con gran verdad y color, los apartados lugares que ha recorrido buscando las casi borradas huellas de los primitivos pobladores de las comarcas andaluzas, y, entre otras no menos ignoradas y curiosas, describe la *Cueva de los Murciélagos*, situada cerca de Albuñol, misteriosa y antiquísima necrópolis, en la cual tuvieron sepultura más de cincuenta cadáveres pertenecientes a épocas que traspasan el límite conocido de la historia.

El estudio de los cráneos y osamentas recogidos allí; la descripción y clasificación de las armas de piedra, utensilios de madera y hueso, vasijas de barro, restos de vestiduras y objetos de esparto tejido, como gorros, túnicas, bolsas y escudos, al que se reúne el hallazgo de una diadema de oro puro groseramente batido; adornos y ofrendas, consistentes en caracolas, colmillos de jabalí y cabezas de adormideras, prestan a las páginas del mencionado libro un interés que contribuye a aumentar la reproducción de muestras de una escritura desconocida encontrada en la *Cueva de los Letreros*, y noticias de cavernas, sepulturas, túmulos, dólmenes y recintos sagrados de un período tal vez posterior, pero que se enlazan en cierto modo con ese más oscuro y lejano cuyas sombras trata de disipar la historia. Como era de esperar, el libro del señor Góngora ha obtenido la más favorable acogida, y animado con el éxito a proseguir la empresa, nosotros podemos ofrecer a los lectores de *La Ilustración de Madrid* los nuevos trabajos y descubrimientos que han de servir de base a la segunda parte de su obra.

La importancia de estos trabajos en la época presente no tenemos necesidad de encare-

cerla. Hay en las ciencias períodos de análisis y períodos de síntesis. El que atravesamos pertenece a los primeros. Hasta aquí se ha escrito la historia de una sucesión de individualidades, dioses, reyes y héroes. Hoy se reúnen los datos para escribir la del ser colectivo que se llama humanidad. Sobre el abismo en que se habían hundido esas razas desconocidas sólo flotaban nombres; la historia, sentada al borde de ese oscuro abismo, tejía de fábulas maravillosas sus narraciones, con la proverbial seguridad del mentir de las estrellas. Pero del seno de las sombras ha comenzado a surgir la luz, Nínive y Babilonia sacan la cabeza de entre las arenas del desierto; los pueblos aborígenes salen de las cavernas, se alzan del fondo de los lagos o abandonan sus túmulos; primero hemos interrogado sus cráneos, que no tienen la lengua para contestarnos; más tarde hemos encontrado respuesta a nuestra curiosidad en los enhiestos peñones que ostentan rastros de una escritura indescifrable como un enigma, pero que algún día encontrarán su Champollion, como los geroglíficos de Menfis. Entretanto, los mantenedores de añejas teorías, los que se complacen en poblar de sueños los últimos confines de la historia, en la seguri-

GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

dad de no ser desmentidos, pueden decir, en presencia de los hechos que vienen a derribar sus artificiosos sistemas, lo que Macbet ante el espectro de Banquo:

«Antiguamente un muerto metido debajo de la tierra se estaba allí tranquilo. Hoy se rompen todas las leyes de la naturaleza para que salgan a atormentar a los que viven.»

BIBLIOTECA DE AUTORES
ESPAÑOLES

POETAS LÍRICOS DEL SIGLO XVIII

COLECCION FORMADA E ILUSTRADA POR
EL EXCELENTISIMO SR. D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO

LA *Biblioteca de Autores Españoles* acaba de enriquecerse con un nuevo tomo, primero de los que han de formar la colección de poetas líricos del siglo pasado.

Siendo el objeto principal de esta Biblioteca reunir en volúmenes económicos y manuales las obras de nuestros escritores y poetas que despiertan mayor interés, y que se hallan diseminadas en diferentes ediciones unas, y olvidadas, oscurecidas o inéditas otras, el tomo que acaba de ver la luz pública cumple de lleno su misión al presentar coleccionadas las producciones líricas de un período literario tal vez el más digno de estudio para los críticos, y seguramente el más desconocido de los aficionados a las letras.

La colección de estas poesías, en las cuales se refleja el estado político y social de España en el más triste período de su decadencia y la lucha del genio nacional vencido al cabo por los elementos extranjeros que todo

lo desnaturalizaban, resultaría sin embargo un logogrifo indescifrable para nosotros, si un concienzudo escritor no nos condujese como de la mano por entre el confuso laberinto de una época que, a pesar de su proximidad a la presente, o tal vez por lo mismo, desconocemos casi por completo.

Hombres ilustrados, así nacionales como extranjeros, han hecho ya particulares estudios acerca del siglo de oro de la literatura castellana. Posteriormente se ha trabajado con afán, y no sin éxito, para trazar con exactitud el cuadro de los esfuerzos intelectuales que en siglos anteriores vinieron preparando aquella magnífica explosión de genio y originalidad; faltaba el estudio filosófico y elevado de la época de decadencia que le siguió, y con la cual, como su derivación inmediata, debe tener la presente desconocidas y curiosas afinidades.

Para llevar a cabo esta empresa, por muchos conceptos difícil, se necesitaban requisitos que rara vez se reúnen en un mismo hombre: la diligencia y la tenacidad propias del erudito que persigue un dato hasta el más obscuro y empolvado rincón de una biblioteca y la elevación de miras y el criterio peculiares al que siguiendo las evoluciones de la crí-

tica moderna sólo tiene en cuenta esos detalles para generalizar, buscando una síntesis filosófica.

El señor don Leopoldo Augusto de Cueto, encargado de tan difícil obra, con una flexibilidad de talento verdaderamente peregrina, ha logrado arrancar los materiales de la cantera, cortar los sillares y levantar el edificio. *El bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII*, que precede al tomo LXI no es, como ya ha hecho observar otra publicación, un mero bosquejo del asunto que su autor se propone tratar; más afortunado que aquellos otros braceros infatigables de la inteligencia, a quienes sus pesquisas y hallazgos sólo permiten señalar nuevos derroteros al talento de los historiadores, el señor Cueto entra en ancho campo que descubre y lo agota bajo todos los puntos de vista, haciendo, no ya un bosquejo o introducción, sino un verdadero libro, del cual las poesías que le siguen no vienen a ser más que notas y comprobantes.

Procediendo con el arte y el método de quien no desconoce las exigencias de la moderna crítica, el autor de este trabajo, merced a un profundo estudio de todos los elementos que lo constituyen, nos presenta el

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

cuadro perfecto de la sociedad del siglo XVIII como fondo de la escena; después de agrupar los personajes secundarios, evoca los actores que ha de traer al primer término, y, dándoles vida, fisonomía y carácter, nos prepara perfectamente para poderlos comprender luego que, puesto punto a su historia, suelta la pluma, dejando que ellos hablen por medio de sus poesías.

De la severa imparcialidad con que juzga estas mismas poesías, sacando a unos autores del injusto olvido en que yacían envueltos y haciendo bajar a otros del pedestal en que una rutinaria tradición los había colocado, sólo podríamos dar exacta idea entrando en el análisis de un libro que ni su seriedad ni sus especiales condiciones permiten juzgar sin más sosiego y espacio del que nos es posible disponer en este momento.

EL CAFE DE FORNOS

EL arte recibe siempre vida de su íntimo consorcio con los hábitos y las ideas del período que atraviesa. En otras épocas recibió aliento y se adaptó a la forma de la sociedad en que había nacido, y se desarrollaba traduciendo los símbolos cristianos, prestando su magia al ostentoso culto católico o enriqueciendo las severas estancias de los reyes y los magnates. Al desvanecerse aquella sociedad, que estribaba en círculos jerárquicos; al debilitarse en cierto modo la fe religiosa, al menos en cuanto se refiere al culto externo, el arte entró en un período difícil, del cual todavía no ha salido por completo, aun cuando se ve el camino que ha de conducirle a otra manera de ser. En efecto, si bien sustrayéndose en cierto modo a las severas reglas estéticas a que un tiempo vivió sujeto, se observa en él la tendencia a generalizarse, apoderándose de la industria, multiplicando hasta el infinito los objetos que pro-

duce y descendiendo de la olímpica altura en que se mecía para filtrarse por todas las clases de la sociedad, a las cuales lleva como un impulso regenerador las nociones del buen gusto y la aspiración a lo bello. Hasta que esta revolución no se realice del todo, el arte moderno no habrá encontrado su verdadera fórmula.

El dibujo (1) que ofrecemos hoy del notable trabajo, obra de nuestro querido compañero y amigo el señor Vallejo, es una palpable muestra de lo que en este camino se ha adelantado en España. La elegancia de la composición, lo correcto de las formas, el gusto y la sencillez con que el autor ha sabido interpretar el pensamiento que preside a este cuadro, lo clasifican a primera vista entre las producciones que satisfacen las más delicadas exigencias; sin embargo, esta obra no va a realzar con sus contornos y colores la soberbia cúpula de un templo ni el pórtico de un palacio: su destino es más modesto, más popular; completa, o mejor dicho, es el punto

(1) Este artículo se publicó acompañado de un dibujo que representaba el techo del café de Fornos, que se abrió al público en aquellos días. (NOTA DEL RECOPIADOR.)

de partida de la ornamentación de un café público.

¿Cómo se ha operado esta transformación en el país clásico del arte oficial, del arte conservado al calor de los poderosos o las corporaciones? Vamos a echar una rápida ojeada sobre la historia de los cafés públicos en Madrid y el fenómeno quedará explicado.

El café desciende en línea recta de la botillería. ¿Quién no recuerda el carácter y la fisonomía de estos establecimientos tradicionales, en que sólo se hacía café para algún que otro raro aficionado, y se servían sorbetes en determinadas estaciones? La botillería era un lugar de paso; alguna manola, invitada por un majo de los que reprodujo Goya, solían entrar a refrescar, después de la corrida de toros en que habían admirado a Pepe Hillo; algún politicón rancio o tal cual poeta confeccionador de ovillejos entraban a leer el *Mercurio* o a departir acerca del mérito de las novedades teatrales antes de ir al corral de las comedias. Las personas algo encopetadas se hacían llevar a sus casas las bebidas, las noches de saraos, y la multitud no había adquirido la costumbre de pernoctar en los cafés. El mobiliario y el fondo de la botillería se armonizaba con sus concurrentes,

como el fondo de un buen cuadro con las figuras que lo componen.

El cambio de sistema de gobierno trajo una revolución en las costumbres. La vida se hizo más exterior, nació la política, la multitud tomó parte en sus luchas, y, como no era posible la vida del foro a semejanza de Roma, surgió espontáneamente el café, sucursal afortunado de la plaza pública. La fama de Pombo y Lorencini se remonta a esta época.

Más tarde fué creciendo el anhelo de sociabilidad, de esa sociabilidad cómoda y barata que se realiza en estos establecimientos, y comenzaron a multiplicarse, y el espíritu de especulación se fijó en el negocio. Los veladores de mármol sustituyen a las mesas de pino; el gas, al aceite; las cortinillas de indiana dejan sitio a los grandes portiers; donde estaba el reloj de cuco y figuras de movimiento campea una esfera magnífica; el lujo no se detiene y llega a la prodigalidad; se multiplican las luces, se agrandan hasta la exageración los espejos; el oro, casi en profusión lastimosa, chispea por todas partes; unos, tratando de sobrepujar a los otros, llegan al límite extremo, porque no cabe ya más en esa senda de riqueza sobrecargada y de dudoso gusto.

La multitud sigue con interés estas evoluciones; hoy admira un café nuevo, mañana celebra otro; pero de día en día son mayores sus exigencias. En este punto, lo que comenzó por necesidad vulgar de comodidades y ostentación, se convierte en exigencia de un gusto más delicado. El café de Madrid fué un paso dado en este camino; pero la diversidad de artistas que en su decoración tomaron parte y la falta de unidad en el conjunto, hacen que aquella tentativa fuese más digna de alabanza por la intención que por el resultado.

Ultimamente, al tratar de construir un café en la magnífica casa que ocupa el solar de las Vallecas, sus dueños han conseguido superar cuanto hasta aquí se ha hecho, uniendo al lujo material de la decoración ese refinamiento de lo rico, que sólo puede conseguirse merced al arte, que a todo presta un valor sin límites. Para conseguir este resultado se ha valido de artistas tan distinguidos como el señor Vallejo y los señores Terry y Busato, de quienes ya hemos tenido ocasión de ocuparnos con motivo de trabajos semejantes. Saliéndose del camino trillado en este género de obras, el señor Vallejo ha encontrado con rara fortuna la fórmula de llenar todas las

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

condiciones de la pintura decorativa, tratando asuntos apropiados al destino del local. Los cuatro cuadros principales y el círculo que lo adornan, en los que se desenvuelve con claridad, merced a bien pensados grupos de figuras, las alegorías de el te, el café, el chocolate, los licores y los helados serían siempre verdadero motivo de alabanza por el esfuerzo de originalidad e ingenio que supone armonizar felizmente ideas tan vulgares con formas y efectos artísticos, si ya por la maestría de las composiciones, la pureza de los contornos y la frescura del colorido no fueran todos ellos verdaderas obras de arte, dignas del nombre de su autor, que aun en estos, para él fáciles trabajos, deja siempre marcada la huella del talento.

La elegantísima ornamentación estilo de Luis XV que completa el decorado de los salones, y en la cual sobre fondo blanco con filetes, florones y molduras de oro, lucen caprichosas grecas, cuadros de paisaje, pájaros y flores vistosas, está en perfecta armonía con la distinción y elegancia que reinan hasta en los menores detalles, y constituyen un trabajo que honra a sus autores, los señores Terry y Busato, verdaderas especialidades en este género.

CIRCO DE MADRID

DECORACION Y ESCENA DEL
PRIMER ACTO DE "MIGNON"